



El modelo Tajín: “un árbol de buena fruta”

Salomón Bazbaz

Agradezco la invitación a compartir la experiencia que estamos desarrollando en la Región de El Tajín, Papantla, Veracruz.

México es una potencia cultural y los pueblos indígenas sus más importantes embajadores. De manera contradictoria, este 10% de la población nacional es, por un lado, la memoria y la preservación de nuestros orígenes y, por otro, el de mayor marginación.

Es urgente reconocer la existencia de estos pueblos-nación, escuchar sus ideas y sentimientos y ampliar el diálogo entre sus instituciones y el Estado.

Y sobre todo, salvaguardar su cultura.

Para nosotros, la cultura

Es el marco donde se inscribe la visión del mundo, la cosmovisión de los miembros pertenecientes a cada cultura. Es lo que permite y condiciona cualquier interpretación de la realidad. Es el territorio de sentido en el que se basan por igual pensamientos y comportamientos... (Esteva, 2004: 04)

Es decir, cultura es el horizonte de sentido para la vida, es lo que somos.

Aclarado esto, les comparto brevemente que el Modelo Tajín es un modelo de salvaguardia del patrimonio que reconoce el valor de la cultura para activar la

economía, el turismo, la infraestructura, la vinculación interinstitucional, los procesos educativos y la herencia de la tradición.

Este sistema está constituido por la zona arqueológica de El Tajín, que en 1992 fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO; la Ceremonia Ritual de Voladores, que desde 2009 es parte de la lista de Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad; el Centro de las Artes Indígenas, que está incluido en la Lista de Mejores Prácticas de Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial (UNESCO, 2012), y el Festival Cumbre Tajín, que es un suceso único por su capacidad para convocar, reunir, festejar y difundir las identidades del mundo a partir de su diálogo con la cultura totonaca.

El mejor ejemplo de esto es que el Centro de las Artes Indígenas nació a partir de las enseñanzas del tata Juan Simbrón, el líder espiritual, cultural, social y político de los totonacas. Esto significa que es una escuela totonaca a partir de conceptos y modelos educativos propios, establecidos para transmitir el legado milenario de los Abuelos a las nuevas generaciones.

¿Por qué necesitábamos esto, un modelo indígena? Porque, como decía el propio tata: “A nosotros los indígenas, la escuela oficial nos duele”. Y porque el tata nos explicó muy bien el tamaño de nuestro sueño cuando nos dijo: “Para nosotros, los totonacas, el Arte, es el Arte de la Vida, así que será una Escuela para la vida. Sabemos que no es fácil, pero cuando muchos tenemos el mismo sueño, es posible convertir los sueños en realidad. Sembremos pues, el Árbol de la buena fruta.

Y eso es lo que hacemos en el Centro de las Artes Indígenas: regenerar el árbol de la cultura de los pueblos totonacas. Para ello, además de las actividades propias de la enseñanza-aprendizaje en nuestras Casas-Escuela, generamos alianzas entre todos los ámbitos de la sociedad. Esto incluye a los políticos, economistas, artistas, creadores, educadores, comunicadores, campesinos y habitantes de las banquetas de las ciudades.

Con lo dicho hasta aquí quiero transmitir que don Juan nos enseñó a ver el árbol completo el árbol de la cultura, no sólo a cosechar las flores y los frutos, como pueden ser la música, la danza, la lengua, la arquitectura, el vestido o la gastronomía

Esto es muy importante, porque las instituciones, los políticos, los investigadores, los gestores o los académicos solemos concentrarnos en nuestra especialidad y solo trabajamos con la parte morfológica de la cultura; se nos olvidan las ramas que brotan, el tronco que sostiene y la raíz que nutre y sustenta a todo el árbol.

Hemos tenido avances, por supuesto, ya la constitución reconoce que somos un país multicultural y en el nuevo modelo educativo que la Secretaría de Educación Pública dio a conocer esta semana hay un valioso énfasis en la presencia de la lengua originaria dentro del proceso de aprendizaje.

Si nuestra carta magna y las políticas de Estado reconocen que México es un país multicultural, eso significa que no tenemos una sola cultura, sino una gran diversidad, no tenemos un solo sistema de producción cultural, sino muchos conceptos y maneras propias de concebirnos, vivir y crear. Por lo tanto, en México

no tenemos un solo árbol de cultura nacional sino un verdadero bosque, y es muy probable que lo estemos desforestando.

¿Por qué digo esto? Porque hemos olvidado que este bosque se sustenta en la cultura de los pueblos originarios y las tradiciones populares. El mejor ejemplo de este olvido es el siguiente: el Estado Mexicano no tiene una instancia de primer nivel responsable de cuidar y fortalecer estos árboles de la identidad.

Piensen en todas las instituciones que trabajan en el tema indígena. La mayoría opera con recursos marginales y todas llevan a cabo planes o proyectos que parcializan o desarticulan el concepto holístico e integral de las culturas originarias.

Ahora piensen en los siguientes centros: Instituto Nacional de las Bellas Artes e Instituto Nacional de Antropología e Historia. El primero atiende la herencia occidental que nos llegó con la colonización; el segundo se dedica a la conservación de los edificios y monumentos con valor histórico. ¿Y la cultura viva?, ¿y los múltiples Tesoros Humanos Vivos que tenemos?, ¿y el Patrimonio Inmaterial que le da sentido a todos los demás?

¿Qué nivel de prioridad tienen las artes de la tradición indígena? ¿quién se encarga, de manera efectiva, de su fortalecimiento, revitalización y preservación? ¿Por qué no tenemos un Instituto Nacional de las Culturas Indígenas y Populares?

Ya es tiempo que el Estado Mexicano supere la etapa de “llevar la cultura” a los pueblos y asuma la responsabilidad de fortalecer, revitalizar y preservar la gran riqueza patrimonial de nuestra diversidad creativa a través de políticas públicas

que promuevan un diálogo intercultural respetuoso, impulsen la descolonización del arte indígena y fomenten las *capacidades* autogestivas de nuestros pueblos y creadores.

La cultura fortalece la Identidad, es motor de desarrollo, detonador de turismo y provoca la cohesión social.

La cultura combate la inseguridad y aminora la migración.

A propósito de este deslinde de responsabilidades, en una ocasión nos visitó uno de los fundadores del Centro Nacional de las Artes y de la red de Centros Regionales de Arte del entonces Conaculta, y nos comentó lo siguiente: “Cuando fundamos el Cenart, comentamos que alguna vez nos gustaría crear un Centro Nacional de las Artes Indígenas. No lo hicimos pero ustedes ya lo tienen”. Es decir, aunque imaginaban una institución de este tipo, nunca fue una prioridad.

Pero, si vemos el panorama con calma, podemos observar que esta dualidad de lo que deseamos y lo que construimos es una inercia nacional. Quisiera dar cinco breves ejemplos de esta brecha entre lo que aspiramos y lo que generamos como país:

1. Damos el trascendental paso hacia una Secretaría de Cultura pero no le incrementamos el presupuesto, más aún, se le recortamos.
2. Hacemos estos importantísimos foros para dialogar, aprender, imaginar y proponer, pero elaboramos el Reglamento de la Secretaría de Cultura antes de que terminen estas consultas.

3. Generamos estadísticas sobre la importancia del sector cultural en el Producto Interno Bruto y hacemos campañas para el emprendimiento cultural, pero le destinamos un presupuesto apenas simbólico a la cultura.
4. Convocamos a la sociedad civil a desarrollar proyectos que hagan de la cultura un elemento de cohesión social, desarrollo comunitario y establecimiento de paz, pero le otorgamos los estímulos económicos a los proyectos derivados de iniciativas empresariales.
5. Utilizamos los bienes patrimonio de la humanidad como elementos de difusión, emblemas estatales, banderas publicitarias y escudos políticos, pero no les destinamos recursos o apoyos, ni los colocamos en las prioridades de la política cultural.

En estos temas, como en muchos otros, debemos trabajar como ciudadanos. Hoy, a pesar de esa dualidad entre los buenos deseos y la dura realidad, en el Totonacapan hemos desarrollado un modelo que se puede compartir o replicar con otros pueblos y culturas.

¿Por qué digo esto? Porque el Centro de las Artes Indígenas, que el tata Juan Simbrón imaginó como un árbol de buena fruta, se ha convertido en una Buena Práctica reconocida por la UNESCO y tomada como ejemplo mundial en todos los congresos y estudios sobre revitalización del patrimonio cultural indígena.

En este sentido, al analizar el panorama cultural y lo hecho en el Centro de las Artes Indígenas, considero que la política cultural debe:



- Priorizar el patrimonio cultural para el gobierno, las organizaciones sociales, los grupos empresariales y el sector educativo.
- Fortalecer las capacidades autogestivas.
- Confirmar al patrimonio como factor de reconocimiento internacional.
- Promover la diversidad identitaria, la interculturalidad, el respeto a la otredad, la equidad y la justicia social.
- Destinar más recursos humanos y financieros al desarrollo cultural y planificar y atender las nuevas demandas profesionales.
- Fortalecer el desarrollo de procesos, productos y sucesos que dignifiquen la tradición y permitan transmitirla.
- Apoyar los canales de integración regional con leyes que respondan a los retos de multiculturalidad.
- Desarrollar los órganos, el marco jurídico y los espacios de articulación entre sector cultural, educación, turismo y medio ambiente, así como instrumentos de planeación y evaluación con perspectiva intersectorial.
- Crear empleos culturales que valoren la tradición y disminuyan la migración, como lo hace el Centro de las Artes Indígenas.
- Descentralizar proyectos y responsabilidades hacia los municipios con mejores condiciones de planeación, gestión y presupuesto.
- Desarrollar normativas estatales y municipales para proteger, registrar, investigar y difundir el patrimonio cultural.
- Contemplar la recomposición cultural por el avance de la globalización y de la integración regional, así como los cambios provocados por las

tecnologías de la comunicación en ámbitos como internacionalización y globalización de la producción y el consumo.

- Estimular modelos ciudadanos de conservación del patrimonio.
- Implementar programas que permitan a los protagonistas culturales mantener su tradición y desarrollar vida académica: alfareras abogadas y danzantes arquitectos, por ejemplo.
- Extender la noción legal y programática de patrimonio: lugares sagrados, paisajes culturales, rutas históricas, patrimonio industrial, acervos documentales...
- Exigir planes de manejo y de salvaguarda que incluyan cuidado del medio ambiente y respeto a la tierra; impacto cultural y volumetría.
- Establecer un Consejo nacional y consejos estatales de Patrimonio y Turismo que garanticen a largo plazo la integridad y sustentabilidad del patrimonio, fomenten el patrocinio e impulsen la cooperación internacional.
- Diseñar esquemas que establezcan compromisos de corresponsabilidad en el manejo de zonas arqueológicas, monumentos históricos y museos, con el concurso de gobiernos municipales, instituciones educativas, organismos no gubernamentales, comunidades e iniciativa privada.
- Crear y fortalecer museos que presenten la diversidad de las culturas y fomenten la interculturalidad en el país.
- Introducir en los programas educativos el reconocimiento, aprecio y comprensión del patrimonio cultural y sus significados.



A partir de esta experiencia, enuncio las siguientes propuestas:

- Crear una instancia de primer nivel de interlocución federal con los creadores y sostenedores de las culturas indígenas y populares. Es decir, instaurar un Instituto Nacional o una Comisión Nacional o un Consejo Nacional que opere de manera transversal con las instituciones del Estado de Mexicano para articular y apoyar de manera efectiva, los planes de salvaguardia del patrimonio cultural vivo que nuestros pueblos y creadores ya están gestionando.
- Crear una instancia y un fondo especial para el financiamiento de aquellos elementos que cuentan con reconocimiento de la UNESCO de Patrimonio Cultural Inmaterial, con el antecedente del Fondo Federal para las Ciudades Patrimonio Mundial.
- Generar las condiciones necesarias para compartir la experiencia de Buenas Prácticas del Centro de las Artes Indígenas, con los demás pueblos y naciones, según lo recomendó la UNESCO, como un ejemplo para el mundo.
- Considerar la experiencia exitosa del Modelo Tajín para replicar en otras regiones indígenas de México, valorando su aportación al desarrollo regional, a partir de la cultura propia y el diálogo intercultural respetuoso con todas las culturas.

- Reconocer el valor del vínculo con la madre tierra por parte de las civilizaciones indígenas y considerar esta virtud un camino imprescindible para el desarrollo sustentable.

México tiene una gran oportunidad, la experiencia del Modelo Tajín confirma que es posible generar nuevas condiciones económicas, sociales y culturales en las regiones étnicas mediante planes de desarrollo sustentados en indicadores culturales.

Finalmente, estoy convencido de que la experiencia de El Tajín, nos demuestra que cuando sumamos sueños, recursos y compromisos es posible soñar un mejor futuro para nuestros hijos, nuestros nietos y nuestro planeta.

Paxkat katsini: gracias.